

Fue al cumplir los seis meses de cambiarnos al departamento cuando nos empezó a hartar el correo equivocado. En las primeras semanas pensamos que era inevitable dejar rastro en una mudanza, como la tierra que se cae al pasar una planta de una maceta a otra. Podíamos soportar que el titular apareciera mal en los recibos de gas, luz y teléfono, que pocas veces coinciden con quien vive en un lugar prestado. Si acaso dependería de nosotros arreglarlo, de robarle el espacio a los difuntos dueños del edificio a quienes recordaban en vano en cada factura.

No, nada de eso molestó tanto como lo que vimos crecer en nuestro recibidor: el bulto que hacían las cuentas de banco, el plan del celular, las mensualidades de las tiendas, la suscripción al boletín de ofertas y a un periódico maltrecho, las colegiaturas de las escuelas, la revista de la Facultad de Lenguas Modernas, y las tantas postales que presumían viajes por el extranjero, que mandaban abrazos, enviaban besos posfechados a los niños.

Al antiguo inquilino le enviaban papeles como a un bebé le hacen mimos. Siempre estaban dirigidos a un tal José Fernando, que había vivido cerca de 10 años en ese mismo departamento que teníamos poco de rentar. Por el correo sabíamos que era padre de tres, que hablaba como

La correspondencia

CS ISABEL VILLARREAL


idiota por larga distancia, y que dejó de hacer los pagos al aparato de pesas que, por las marcas del aceite en el suelo, suponemos había colocado en el cuarto de servicio.

Sin embargo, decidimos hacerle espacio en un cajón de la cómoda al correo de José Fernando por si algún día decidía reclamarlo. Había algo de natural en apropiarnos de sus manchas, en poner el calentador o la lavadora donde él y sus anteriores nos enseñaban ausentes, pero recibir deudas era algo completamente distinto. Nos dejaba ansiosos como quien ve un paréntesis que no se llega a clausurar: el contenido mismo del correo parecía ser su incentivo para evitar el cierre, para huir, quizá, a otra ciudad, a otro país.

Durante ese tiempo aprendimos cómo el tal José Fernando parecía estar atado desde todos los ángulos. Le habría sido impensable conseguir algunos meses con Hacienda; de por sí pagaba con retrasos la colegiatura de sus chicos, que siempre tenía el tino de caer en los mismos días que la renta. Eran números demasiado grandes para todos, para ellos y para nosotros, me decía preocupada Emilia, quien leía sus estados de cuenta como un diario infinito de actividades económicas, la única señal de que el ex inquilino seguía vivo y gastando.

Emilia y yo llegamos a discutir por las noches si aquel tipo se había mudado de departamento buscando evadir la vida de la que se nos notificaba por escrito. Me miraba a los ojos y preguntaba si creía que hacía con su esposa





lo que nosotros en la cocina —amplia y con gabinetes de acero antioxidable, una bendición para lo que costaba el departamento— y qué tanto había de diferencia entre ellos y nosotros, entre nosotros y los que seguían de nosotros, si hacíamos lo mismo con el mismo ritmo, si las mismas paredes del departamento nos llevaban a las mismas áreas cálidas, si guardaban nuestros secretos en los mismos cajones. Si todos acabábamos en correspondencia.

La mañana en que perdimos todo nos llegó el acta de divorcio por debajo de la puerta. Estaba endosado con el nombre de José Fernando en cursiva y una señora Felicitas acusaba de recibo (“Ha de ser la vecina de abajo, Tenchita”, dijo Emilia, “la vieja que ni sabe qué está firmando”). Había sido enviada el mes pasado desde Aguascalientes; la demandante se llamaba Julia. José Fernando y Julia, casados en 1991, una pareja relativamente joven, víctima de las décadas donde los trámites no duran lo esperado. Emilia tomó el acta con solemnidad, pasó los ojos por los sellos y las firmas, y la guardó en el cajón con el resto de las cosas. “Pobres chicos”, dijo Emilia. Tan desafortunados, probablemente no recordarán su hogar constreñido de apenas tres cuartos y medio.

Nos recostamos en el sofá, con la imagen de una familia fantasma partida en dos —porque las familias fantasmas también sufren—, y vimos crecer a nuestros hijos imaginarios en el espacio que el departamento tenía designado para ellos. Permanecimos así hasta que el timbre y los golpes en la puerta nos hicieron levantarnos. Abrimos y encontramos a aquellos carroñeros igual de resignados: nosotros por acertar por cuál de todas las cuentas estaban en nuestra casa; ellos por encontrarnos juntos a pesar de la custodia y el embargo.